

LA CARIDAD.



SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, TEATROS, COSTUMBRES Y MODAS.

Los productos líquidos de este SEMANARIO se entregarán al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesis para su distribucion entre los Establecimientos de Beneficencia de esta capital.

SUMARIO.

Estudios Canónico-penales, por D. José Criado y Baca.—**La Venganza**.—poesia por L. de I.—**La Mano de Nieve**.—Novela.—Continuacion.—**La Flor del Emblema**.—Poesia por D. Juan A. de Viedma.—; **Un suspiro**!—Poesia por D. F. H. de Mendoza.—**En el album de la joven Condesa del Donadio**, por D. Francisco Torres de Navarra.—**A Monjuch**.—Poesia, por D. Vicente Palazon Sanchez.—**Revista** por M. R. B.—**Dos niñas**.—Poesia por D. José C. Bruna.—**Solucion al enigma del número anterior**.—Remitido, solucion al geoglífico, por una Señorita.

ESTUDIOS CANÓNICO-PENALES.

INMUNIDAD LOCAL DE LA IGLESIA

Ó ASILO ECLESIAÍSTICO.

Es una verdad inconcusa, que todas las instituciones sociales han venido siempre á realizar necesidades septidas, y al ser satisfechas algunas veces han producido conflictos, no porque las reformas no poseyeran un gran fondo de bondad, sino porque los hombres encargados de plantearlas violentaron sus principios y dedujeron funestas consecuencias: y de este modo se ha observado constantemente la variacion de las instituciones, que cortando por un lado abusos lamentables, por otro vinieran á estar mas en armonia con el carácter y las costumbres de los diversos tiempos y paises. Pero aun esta mutabilidad continua no ha impedido que la historia que es la encargada de recoger y conservar los hechos y vicisitudes de todos los pueblos, haya consignado esos sucesos influyentes con sus resultados ya benéficos, ya deplorables, para proporcionarnos medios abundantes de estudio, y copioso manantial de enseñanza para que de él podamos sacar lo útil, y desechar aquello que en todos lugares y circunstancias precisamente tendrian que producir consecuencias perjudiciales. La institucion del asilo es de aqueilos acontecimientos, que necesarios y buenos en su origen, se vinieron á corromper por el abuso inmoderado que de ellos se hizo. Consideremos el asilo históricamente, sin

omitir la esposicion de las razones que hicieron aceptable su establecimiento, y concluiremos por manifestar que concepto nos debe en la actualidad ese privilegio concedido á la Iglesia por los príncipes católicos.

El asilo se pierde en las tinieblas de los antiguos tiempos; pero se sabe que antes que la Iglesia cristiana le conoció el pueblo de Israel, pues en el ecsistian las ciudades sagradas ó inmunes, en cuyos recintos si se acogian los que eran perseguidos, quedaban desde luego libres de las acechanzas que precedian siempre á la venganza, que jamás dejaban de realizar los parientes y allegados de la víctima. En las nacionalidades paganas tambien vivió la institucion del asilo.

Algunos historiadores nos dicen que en Athenas poniéndose los criminales al amparo de la estatua de Minerva, ó se les disminuia la gravedad del castigo que por el delito debian sufrir, ó lo que era mas frecuente quedaban exentos de responsabilidad penal. En todos los pueblos que figuran en primera línea en la historia de la civilizacion antigua, estaba establecido el asilo; y en la misma Roma gozaban de tal privilegio no solo los templos, sino las estatuas de los emperadores.

El asilo cristiano parece que ecsistió segun unos en tiempo del emperador Teodosio; pero los mas aseguran que lo concedió á la Iglesia el gran Constantino, opinion que nos parece mas aceptable que ninguna otra, porque el príncipe que abrió las puertas de las catacumbas á los cristianos, declaró á la Iglesia colegio lícito; el que le concedió ó confirmó la facultad para adquirir por todos títulos cualquier clase de bienes; el que ecsimió los predios de la Iglesia del pago de tributos, y colmó de honores y de distinciones á los ministros del altar, y levantó templos, dotó Iglesias, convocó consilios y en su ardor por la nueva religion no perdonó medio alguno de contribuir á su esplendor y engrandecimiento, parece natural que fuese el que concediera á la Iglesia el privilegio del asilo, que tiempo atras habian reconocido sus antecesores en los templos elevados á las falsas deidades del paganismo.

Fijado en nuestro sentir el origen histórico del asilo, vengamos á nuestra pátria y en ella observaremos que desde la aparicion del cristianismo puede asegurarse que se conoció el dere-

cho del asilo. En efecto, vemos que antes de que nuestros códigos viniesen á sancionar esa prerogativa concedida á la Iglesia, se nota que por la costumbre se habia autorizado, y tanto fué así, que el rey Leovigildo que profesaba la religion arriana, persiguiendo á su hijo Hermenegildo que le habia sublevado parte de sus dominios, le respetó en su persona cuando le vió acogerse al sagrado de un templo católico. Despues el inmortal Fuero Fuzgo reconoció el asilo, el Fuero Real le confirmó y las Partidas que se formaron bajo la influencia del espíritu decretalista, no pudieron menos de aceptarle como lo habian hecho los dos cuerpos legales anteriormente citados.

Si consideramos ahora el asilo en la época de su aparicion, comprenderemos desde luego que fué una institucion sabia y á todas luces recomendable, y que llenó un gran vacío en la administracion de justicia de aquellos siglos. Antes de que fuese concedida la paz á la Iglesia, y de que las máximas cristianas pudieran reflejarse como se reflejaron despues en la ciencia de la penalidad, sabemos que el pueblo rey estaba dotado de las mejores leyes para la resolucion de las cuestiones que se suscitaban respecto de lo *tuyo y de lo mio*, y sin embargo, estos adelantos que habia hecho la legislacion civil no habian transcendido á la legislacion penal.

En una época, pues, en que los delitos mas atroces eran castigados con leves penas, en que algunos de escasa ó de ninguna gravedad lo mismo en el órden privado que en el público, eran severamente reprimidos, en que casi siempre el particular ofendido solia administrarse la justicia por sí mismo, dándose así pábulo á las horribles venganzas individuales, en que el inocente no encontraba amparo ni en la ley ni en el magistrado, al paso que el verdadero culpable se gozaba de su impunidad, fué preciso que naciera una institucion, á la que, sino le era dado poseer el poder suficiente para cortar el mal de raiz, por lo menos viniera á templar el rigor y la dureza de tales prácticas y procurar por medios suaves é indirectos destruir los abusos, oponiéndose á la injusticia y á la arbitrariedad: esta necesidad, pues, fué la que vino á satisfacer la Iglesia con la creacion del asilo.

Este estado general de cosas se reflejaba tambien en nuestra pátria en los siglos medios: asi observaremos que el oscurantismo dominaba en todas las clases sociales, solo el clero era sabio, pero con sus inapreciables conocimientos se habia encerrado en los claustros, quizá para salvar la civilizacion del golpe de muerte que le amenazaba, en medio del caos de aquellos tiempos de atrasos; y aunque despues de todo la nocion del derecho no estaba muy clara, no obstante, la ciencia del derecho civil no dejaba de avanzar, si bien en cuanto á derecho penal, no podemos vanagloriarnos de que entonces poseyéramos justas y saludables disposiciones. Por otra parte, era una yémora del progreso y una inagotable fuente de

calamidades el funesto sistema feudal. Los señores de horca y cuchillo, pequeños reyes que ejercian su despótico poder sobre sus pobres y miseros vasallos, poder quizás tan terrible como el que tuvieron sobre sus esclavos los antiguos señores de Roma, era la negacion de la justicia y la conculcacion de todos los buenos principios; y tanto era así que para convencernos no hay mas que abrir la historia por cualquiera de sus páginas, y las hallaremos plagadas de esos hechos inhumanos y crueles que prueban la espantosa arbitrariedad con que los señores feudales privaban de la vida, de la hacienda y hasta de la honra á sus desgraciados siervos. Pero no se crea que estos solos eran el blanco de sus asechanzas y de sus odios; los mismos que poseian feudos colindantes se hacian cruda guerra en la que no solo atacaban las propiedades, sino que esponian en esas escaramusas las vidas de sus soldados por motivos injustificables las mas de las veces, y si en la lucha, se lograban arrebatar sus esposas ó sus hijas era buen botín de guerra; en tal situacion de desquiciamiento social, puede comprenderse sin esfuerzos el lugar que ocuparia la administracion de justicia, y cuan fácil debia ser que el inocente se encontrara perseguido y que las venganzas individuales se sucediesen sin interrupcion. Hemos echado esta rápida ojeada sobre los sucesos de la edad media, para venir á sentar por consecuencia cuantos y cuantos no serian los beneficios que reportaria á la sociedad española de aquellos tiempos la aceptacion del privilegio del asilo eclesiástico.

Pero llega un dia en que vez de ser el asilo lo que fué al establecerse y muchos años despues se corrompe la institucion, porque aumentando inmoderadamente el número de los lugares que de él habrian de disfrutar, resultó que se convirtió en gérmen de infinitos males y en estímulo para bárbaros y atroces atentados, y así era, que convencidos los delinquentes que eludirian la accion de los tribunales y quedarian impunes con solo acogerse á sagrado, se lanzaban á cometer los mas nefandos delitos. Este desconcierto que amenazaba sacar á la sociedad de su centro, hizo que en España pensasen nuestros reyes en los medios de ponerle coto, y con éste fin en el año de 1737 se dispuso por el pontífice Clemente duodécimo, de acuerdo con Felipe V, que no gozasen en adelante del asilo mas que las iglesias en que constantemente entuviere el Santísimo Sacramento: y que no pudieran aprovecharse de la piadosa concesion los reos de lesa magestad, salteadores y asesinos de caminos públicos. Posteriormente, y en época muy cercana á nosotros se han seguido poniendo en práctica las limitaciones de este privilegio, habiéndose mandado reducir el número de los lugares que han de gozar del asilo, á las catedrales y parroquia mas antigua en los pueblos cabeza de diócesis y á la parroquia mayor en todos los demás.

En la actualidad el asilo tiende á desaparecer,

y si se conserva mas que por necesidad, es como respetable tradicion de la sociedad y de la iglesia española. En efecto, los recientes adelantos de la ciencia de la criminalidad, inaugurados con tan feliz éxito por los filósofos del siglo pasado, hace de todo punto inútil el sostenimiento del derecho del asilo, que bueno en su origen, como hemos dejado consignado, no vendria hoy á producir mas que la confusion en la administracion de la justicia. La filosofia moderna estudiando al hombre tal como debe, y considerándolo como objeto del derecho penal, apreciando sus actos y sus consecuencias, graduando la mayor ó menor inmoralidad de esas mismas acciones, ha conseguido marcar categorias de delitos y fijar para cada una de ellas una familia determinada de penas. Además arreglado como lo ha sido el orden judicial y el sistema de procedimientos de la manera mas conforme á las máximas eternas de la justicia absoluta, que tantas garantías presta al inocente, como proporciona medios seguros de castigar á todo aquel que delinque, han hecho que el asilo eclesiástico pierda su razon de ser y la utilidad relativa que en una época no pudo menos de tener. En nuestro vigente código penal no se tiene en cuenta para la exencion de responsabilidad criminal y lo que es menos ni aun para la atenuacion del castigo la circunstancia de que un delincuente se acoja á sagrado, con cuya omision parece que tácitamente se acaba con este privilegio.

Rindamos para terminar este artículo, un homenaje de profundo reconocimiento á la Iglesia, que con su sabiduría y prudencia nos condujo en mas de una ocasion por las vias del progreso, supliendo con sus reformas muchas faltas, atendiendo á la satisfaccion de necesidades sociales á que no podia llegar la mano de los gobiernos temporales en aquellos siglos de revueltas, y alegrémonos de pertenecer á unos tiempos en que los adelantos científicos en materia penal, han hecho que instituciones que se prestaban á abusos, hayan sido reemplazadas por otras, que fundadas en bases mas justas y filosóficas, no solo contribuirán al bienestar de las sociedades existentes, sino á la felicidad de las generaciones que nos sucedan.

JOSÉ CRIADO Y BACA.

MÁLAGA.

POESIA ITALIANA DE L. CARRER.—TRADUCCION.

LA VENGANZA.

En el castillo vecino al lago
Un mal espíritu penando mora.
Todos los años su espectro aciago

Se vé una noche, á la misma hora;
La noche y la hora en que murió.
Así una historia lo refirió.

—
«Jamás esperes que yo te quiera,
(Inés al Conde así le hablaba)
«Aunque á tus manos morir supiera
«Entre estos muros dó estoy esclava.»
Tanto la inerme doncella osó!
Así la historia lo refirió.

—
Por si á su amparo hay quien acuda,
Desde la reja al lago mira,
Y en voz doliente, pidiendo ayuda,
Mientras la tarde lánguida espira,
Al laud sonoro su mal cantó.
Así la historia lo refirió.



—
Es media noche: ni una hoja suena:
Por entre nubes la luna vaga:
Brilla una antorcha: luego resuena
Un grito agudo: la luz se apaga:
Ningun ruido despues se oyó.
Así la historia lo refirió.

—
Que fué?... Se ignora: mas de terrible
Calma hace el Conde feroz alarde;
En los salones, silencio horrible;
Y de Inés bella, al caer la tarde,
Ya nunca el canto se repitió.
Así la historia lo refirió.

—
A hablar al Conde dos encapados
Entran; la puerta cierran; y apenas
Pasa un momento, salen turbados,
Con sendas dagas, de sangre llenas,
Sangre que há poco se derramó.
Así la historia lo refirió.

—
«Dime, hasta dónde llegó la punta?»
(Le dice Carlos al fiel hermano.)
Y este contesta á tal pregunta:
«El pecho infame le abrí al Tirano:
«Dónde la Hermana, allí espiró.»
Así la historia lo refirió.

—
«Y ahora?... pero oye!... que gritería!...
«Al lago, al lago, ó nos alcanzan:

«Lo pasaremos por vida mia.»
Dijo, y al agua los dos se lanzan
Con un denuedo que los salvó.
Así la historia lo refirió.

Y desde entónces se vé del lago
Sobre el castillo en dónde mora,
Todos los años su espectro aciago
La misma noche, á la misma hora;
La noche y la hora en que murió.
Así la historia lo refirió.

L. DE I.

Cádiz.

LA MANO DE NIEVE,

POR

VICTOR BERSEZIO.

(CONTINUACION.)

—Linda señora; yo desearia amaros con toda mi alma pero eso no está en la voluntad. Pongo al cielo por testigo de que sincera fué la declaracion de amor que os hice en vuestro castillo. No me culpeis, pues, de haberos hablado con dañada intencion: culpaos á vos misma de un amor que para siempre ha muerto y que habeis estinguido con vuestras propias *manos*.

La jóven inclinó la cabeza sobre su pecho poniéndose encendida como la grana y pidiendo al cielo que pusiese fin á su existencia.

Mientras tanto el caballero saludó profunda y cortesmente á la dama y prosiguió su viaje, dejando á la jóven con los que la acompañaban.

Cuando esta volvió en sí, preciso es saber que se habia desmayado, parecia una muerta á quien solo le habian quedado los ojos con vida para derramar lágrimas. Levantó sus horrorosas manos al cielo y apostrofó á la Providencia por habérselas dado. Esta fué su primera falta y la causa de su perdicion. La mortal herida que acababa de recibir su pasion y su orgullo la tenia fuera de sí, su lengua blasfemaba y en su desesperacion pedia la muerte... cuando de improviso se le apareció un anciano y con acento firme le dijo:

—Noble doncella, tranquilizaos, y si quereis prestar atencion á mis palabras y seguir estrictamente mis consejos yo os ofrezco proporcionaros el remedio á vuestros males y de este modo podreis ver realizadas vuestras esperanzas y satisfacer todos vuestros deseos, tanto en el trance fatal que en este momento os agobia como en cualquiera otro que en el curso de vuestra vida se os pudiera presentar.

—Imajinese V.-me dijo el conductor-la satisfaccion con que oiria la jóven aquellas palabras.

—Si es verdad cuanto me decís -prorrumpió precipitadamente la crédula niña -necesito en el momento una prueba convincente de vuestra ciencia. Si lo conseguís, pedidme cuanto poseo y todo será vuestro.

El hechicero, pues ha de saber V.- me dijo el conductor - que por tal se conocia al anciano aquel que habitaba en una gruta del monte, se inclinó profundamente y respondió:

—Pronto sereis satisfecha, complaceos ahora señorita, en obedecerme empezando por seguirme á donde os voy á conducir. Nada debeis temer: mi edad os pone á cubierto de todo; por otra parte es necesario que me acompañeis para lograr el fin propuesto.

La jóven, que era animosa, y que ademas se habia entregado completamente á la idea halagüena de un amor que encerraba todas las esperanzas de su vida, no titubeó en seguir al anciano y poniéndose de pie,

—Estoy pronta - le dijo - y los dos personajes se encaminaron, sin séquito alguno, á la tenebrosa habitacion del hechicero.

Era la caida de la tarde y el sol se ocultaba tras de los mares en medio de nubes color de fuego y de espantosas formas que parecian luchar en el cielo como otros tantos monstruos.

Repetidos relámpagos de lívido color deslumbraban á los viajeros y lejanos truenos zumbaban en sus oidos.

El viento soplaba con fuerza y hacia inclinar á los árboles que habia por el tránsito como saludando respetuosos á la noble señora de aquellos sitios, que á la sazón por primera vez los visitaba.

El anciano, que temia seguramente á la tempestad, apresuraba el paso, y la jóven le seguia sin el menor recelo.

Llegado que hubieron á la gruta, el hechicero hizo entrar y descansar á la jóven, pocos momentos despues trajo un vaso lleno de agua, y derramó en ella algunas gotas de cierto licor contenido en una pequeña redoma de cristal y acercándose á la dama le dijo:

—Tomad, señora; este licor reanimará vuestras fuerzas.

En efecto, así fué, la jóven apenas lo hubo bebido experimentó el mas agradable bienestar, el cansancio del viaje desapareció como por encanto y el deseo de lograr su fin se acrecentó extraordinariamente.

—Veamos pues - preguntó al anciano - que debo hacer para llegar á obtener el bien que me habeis ofrecido? y al pronunciar estas palabras sus ojos centellearon y se enrojecieron.

El pícaro, que habia logrado lo que deseaba, se le quedó mirando, se cruzó de brazos y sonriéndose irónicamente le contestó:

—Cuando me presenté á vos, linda y amable

señorita, teniais las manos alzadas al cielo y á fé mia habiais errado el camino. No es de allí de donde podía veniros el consuelo; era precisamente de la parte opuesta.

—¿De donde?—preguntó la joven notablemente conmovida.

El hechicero le dirigió con torvo ceño una imperiosa mirada; luego con voz cavernosa exclamó:

—Del infierno.

Al oír esta horrible palabra sintió la pobre niña tan fuerte sacudida en su cabeza que haciéndola vacilar perdió el sentido; repuesta después de su aturdimiento juzgó que todo sería efecto de aquel licor y llena de resolución.

—¿Y bien?—dijo—sí... ¡que importa! con tal de ser correspondida de quien amo acepto el auxilio de cualquiera que pueda dármele y aun del infierno mismo si es preciso.

—En ese caso—replicó el hechicero oí atentamente lo que debéis hacer.

(Continuará).

LA FLOR DEL EMBLEMA.

DEL LIBRO INEDITO

CUENTOS DE LA VILLA.

Bajo el árbol aquel donde me viste,
cuando amarte juré,
nació la flor que entonces me ofreciste
en prenda de tu fé.

Si alguna vez mi amor, otros amores
te hicieran olvidar;
¡no vayas al Retiro, nuevas flores
de aquel sitio á cortar!

JUAN A. DE VIEDMA.

Madrid.

¡UN SUSPIRO!

A.....

Cuando tiende la noche
sus negras alas,
un lánguido suspiro
de amor exhalas.
¡Dulce suspiro!
¿por qué en sus labios mueres
cuando la miro?

¿Por qué cuando la noche
tiende su manto,
premiás con un suspiro
mi dulce canto?
¡Si ese suspiro!
muere en tus rojos labios
cuando te miro!!

F. H. DE MENDOZA.

Málaga.

EN EL ALBUM

de la

JÓVEN CONDESA DEL DONADÍO.

BREVES REFLECSIONES

SOBRE LAS

HERMANAS DE LA CARIDAD.

¡El *Hôtel de Dieu*!.. Las Señoras de la Caridad!... sus enfermos!... Sublime conjunto, cuadro solemne que se destaca, hiere y embarga la mente del mísero escéptico, del ser mas descreído, así como tambien embarga el corazón y llama al mas grato recogimiento del alma al que vive la vida del cristianismo.

¡Sí! el *Hôtel de Dieu*! templo adorado, magistoso, cuna de la mas bella é inefable de las instituciones, venerable recinto dó oyóse un día el humilde y religioso acento del atleta de la Caridad.

De aquel cuyas eminentes virtudes fueron el esplendor de gloria de su siglo y del que los tiempos han hecho tan justa apoteosis.

Ah sí! venerable Vicente, héroe esforzado del cristianismo, felices mil veces aquellas virtuosas Señoras que con acento de dulzura te oían prorumpir diciéndoles *cuidad de esos pequeños inocentes, sed madre de ellos, ya que por sus madres segun naturaleza, han sido abandonados.*

Y en efecto, ellas son la fuente de su consuelo, su mas bella esperanza, las madres que enjugan sus lágrimas, cuando tan tiernas criaturitas lloran el llanto del dolor.

Ah! yo he visto algunas de estas pobrecitas criaturas que al tornar sus tiernos ojitos al cielo parecían bendecirle en medio de tanta desventura. Ah! si vuestra es la desventura y vuestro tambien ese dolor eterno, roedor, que tortura el corazón del que vive la vida del martirio; porque mártires son aquellos que se hallan como perdidos en los mares de la vida y sus labios jamás han posado un beso de amor en la frente de su padre.....

Y vosotras las que lleváis el lema sublime de



hermanas de Caridad, vosotras que sinceras os disputais el grato placer de hacer bien á la humanidad, vuestro es el cielo y vuestra también la bendición del mundo.

Mi alma y mi existencia toda parece hallarse identificada con vosotras mismas: aun creo escuchar el dulce y tierno canto de una de estas madres jovencitas que consagraba una noche al sueño de un pequeñito que acariciaba. ¡Cuántos besos esta criaturita recibió de sus labios tan puros como la primera flor que abrió su cáliz á la creación!

Vosotras sois el ángel de consuelo del hombre en el infortunio, del huérfano en la desventura, del miserable en su desnudez. Vosotras padecéis por la humanidad y llenas de esperanza recorreis los eriales caminos de escondidas tierras, fijo vuestros ojos siempre en el infinito espacio que envuelve á la eternidad.

FRANCISCO TORRES DE NAVARRA.

Á MONJUICH.

Postrado ante tus muros humilde te saludo,
Monarca soberano, imagen del terror;
Mi voz débil, un tiempo llegar á tí no pudo,
Y aun dudo si hoy traspasa tus muros mi clamor...

En fin, dame permiso para empezar mi canto
Y extenderé, si puedo, mi voz por tu mansión;
Y á todos tus recintos, espectros del espanto,
Ordénales que escuchen risueños mi canción.

Mi voz no es tan pujante como esas otras voces
Que escuchas cada día tus glorias ensalzar,
Mis ecos son pausados..., los suyos tan veloces,
Que pueden en momentos la tierra circundar.

La tuya es mas gigante, sublime y magestuosa
Que el eco tremebundo del trueno aterrador,
Mas grave y mas enorme que, en noche tenebrosa,
El cóncavo estampido del rayo asolador.

Con solo un soplo tuyo, retiemblan las montañas,
Los templos se derrumban, alcázares también,
E inmensas poblaciones, cual miserables cabañas,
Se arrastran á tus plantas, y con pavor te ven.

¿Quién ante tí se mueve, quién osa en tu presencia.
Sin previo tu permiso, la vista levantar...?
¿Hay algo que te asombre...? tú rompes la existencia,
Tú siembras esterminio con solo respirar...!

Tú sientes y desprecias los roncacos aguileños
Que horrissonos rebraman, y con orgullo ves
Coronar á las nubes tus altos torreones...
Y al mar bravo y altivo, lamer dócil tus pies.

También oyes impávido la voz del ronco trueno
Que estalla entre las nubes con hórrida explosión;
El rápido relámpago de luz siniestra lleno,
Se inflama, y no te asombra su roja aparición!

Recibes en tu vientre los rayos y centellas
Que son de tu alimento magnífico manjar.
Tus torres gigantescas no oyeron las querellas.
De miles huracanes que á tí osaron llegar!

Se estrellan á tus plantas las erizadas olas
Que ruedan al impulso de fiero vendabal;
Mientras tus torres alzan banderas españolas
Que están simbolizando grandeza sin igual.

Mantienen tus baluartes mortíferos cañones
Que Europa ya ha sentido con ímpetu crugir,
Y ante ellos han doblado su frente las legiones
Que altivas han querido tus fuerzas abatir.

Tú rompes de los siglos las sólidas cadenas
Que pasan por tu frente cual sorda tempestad...
Sus alas bate el tiempo con miedo en tus almenas,
Que en ellas ve asombrado dormir la eternidad!

Mas siendo tan grandiosa tu altiva gerarquía,
Yo necio he pretendido que oyeras mi canción...?
Perdona ¡ay! mi ignorancia, perdona mi osadía
Mi pobre inteligencia, mi loca inspiración...!!

VICENTE PALAZON SANCHEZ.

De guarnición en Monjuich. - 1861.

REVISTA.

Cuando abrigamos la convicción de que la amistad es aire, humo la esperanza y un grito de dolor el constante murmullo de las alternativas sociales: cuando nos detenemos á contemplar la marcha precipitada y raquítica de las humanas cuestiones, detenemos un momento el vuelo inseguro de nuestras acaloradas imágenes y saludando el pasado con una sonrisa de desprecio, depositamos una lágrima de amargura sobre el cerrado libro del porvenir. Por eso al detener nuestro juicio sobre la historia de una mujer, al sorprender los amargos secretos de un corazón que sufre en silencio, arrancamos de la memoria un pensamiento de ternura y se lo dedicamos, como la noble expresión de esa simpatía que une siempre las almas abandonadas á un sufrimiento mismo. Todos nacimos felices, todos cruzamos risueños los campos de la niñez, una sola amistad nos aproximaba, un solo deseo era el iris de nuestras afecciones puras. Después el destino cerraba las puertas de nuestros hogares: ¡buscábamos la felicidad ausentes de nuestra madre! Y en pos de la fortuna arrastrándonos detrás de una esperanza soñada, vogábamos con rumbo incierto, siempre con una inquietud desconsoladora; nunca con una estrella de bendición que condujera nuestra nave al seguro puerto de nuestras caricias primeras. Y así resvala la juventud: y así llamamos con temblorosa mano á la puerta de la ancianidad y cuando, ora resbalando, ora cayendo, penetramos en las hambrientas profundidades del olvido, damos un último ¡adiós! á los placeres, á las riquezas, al mundo y al fin nos inclinamos sobre nuestro sepulcro, como la hoja que se desprende del árbol en el postrer rugido de la cansada tempestad.

¡Amparo! ¡oh! al recordarla ¡cuántos pensamientos se levantan tristes en el nublado cielo de nuestra inteligencia! Apenas la aurora de su juventud depositaba en su memoria el delicioso perfume de los amores; cuando ausente de las frescas áuras que acariciaron su cuna creía ver realizadas las ilusiones de un sueño, miró disiparse en una hora el prisma caprichoso de sus esperanzas locas, y sola, abandonada en el revoltoso mar de sus inquietudes severas, ni una mano estrechó la suya, ni los labios de una madre sellaron un beso de ternura en el puro espacio de su mármorea frente. Y lejos de su patria en vano tendió la vista por la irritante longitud de los horizontes: en vano buscó con fatigados ojos la solitaria playa donde corrieron suaves las cortas horas de su niñez tranquila. Por eso, cuando el crepúsculo de la tarde envuelve en dilatadas sombras las ruinosas azoteas del pueblo y la campana de la iglesia murmura el toque de la oración: cuando el ave se me-

ce silenciosa sobre la florida rama y llama fatigado el labriego á la puerta de su cabaña, ante el sencillo panorama de la naturaleza que se realiza sobre la variada alfombra de los campos, un suspiro, melancólica expresión de un sufrimiento que se devora en silencio, es el funesto epílogo de las amarguras de Amparo, el grito ahogado de una existencia que se quiebra, que se apaga como la luz de una bogía en el árido desierto de sus esperanzas muertas.

Confíesame una cosa lectora; confiesa, y ten cuidado que una mentira no manche las tintas puras de tus risueños labios, confiesa que en estos momentos me escuchas como un aguacero de esos que en las revoltosas tardes de Otoño te quitan de la ventana separando de la esquina de enfrente el gallardo doncel que te enamora. ¡Qué quieres! á mi edad, cuando la nieve de sesenta inviernos ha depositado en nuestros cabellos el óvulo de la ancianidad, se siente de una manera desconocida para tí; nosotros nos calentamos con las cenizas del pasado; tú con el brillante fuego del porvenir. ¡Dichosa edad la tuya y dichosos los hombres que aprecian en lo que vale la variada superficialidad de nuestras costumbres actuales! Mira; si tienes un bonito carácter de letra, si sabes bordar unos tirantes con un Cupido riéndose á dos carrillos, no estudies mas. El hombre ha comprendido que el estudio consiste en el precioso tacto de coger el único cabello á la calva de la fortuna. Y este estudio, es el resultado de un detenido exámen, la amarga convicción de ese destino de miserias, bastardo atleta dormido en el vestíbulo de la ciencia, tiránico centinela colocado en el mas alto baluarte de los alcázares del talento. Por eso Homero mendigaba de puerta en puerta trocando por un pedazo de pan, los bellos cantos de su inmortal Iliada: por eso Metastasio moría, encerrando en su ataúd, toda la dulce historia de sus soñados amores; por eso el Tasso recitaba en una casa de locos las felices concepciones de su Jerusalem libertada; por eso Colón suspiraba entre cadenas, después de haber regalado un nuevo mundo á la corona de Castilla, y Cervantes, el héroe de Lepanto, escarnecido y pobre, levantaba con noble resignación un monumento de gloria en cada página del Quijote. Hoy la exigencia de nuestros haraposos hábitos ha destruido con su poderosa corriente el verdadero estado de todas las cosas, y mientras las grandes obras de los esclarecidos ingenios reposan tranquilas en las ignoradas bibliotecas, el teatro moderno abre sus puertas á la juventud ávida del epigrama, de ese chiste que grita en nuestros oídos como una reconvencción severa del legítimo destino de la humanidad. Hoy, no lo dudeis, cambiaríamos *El Criterio* de Balmes por un ejemplar de *La Cola del Diablo*. Pero voy separándome de nuevo de la cuestión; he abandonado otra vez el terreno de la crítica y un presentimiento me advierte cuan disparatada es la senda por donde caminan atropella-



dos los renglones de mi revista. Tu eres indulgente lectora y al suplicarte la absolucion de mis metafísicas advertencias, corramos un velo al contradictorio conjunto de mis ideas y escucha:

Cruza Enrique todo el día
la calle del Ataud
y de esa calle no sale
aunque le den una cruz;
porque esa calle tan triste
tan pobre por lo común,
encierra en un piso bajo
dó apenas entra la luz,
á Adela que todos dicen
mas que muger, es querub.
Las doce canta el sereno
y Enrique canta, según
amores ó celos guarda
su azarosa juventud.
Cruje acaso una persiana,
cruje un vestido con un
sonido que al alma llega
y entónces con prontitud,
¡cuánto te amo! dice Enrique
¡y cuánto me adoras tú!
Creé la niña en sus palabras
y Enrique creé en su virtud,
y así en amores creyendo
en dulce y sencillo club,
los dos amantes se estrechan
en deliciosa actitud,
hasta que mueren las sombras
y alegre nace la luz.

Si despues de las francas confidencias que te he dedicado; si despues de la galeria de varones ilustres que te presento, quieres simpática lectora nuevos secretos, te diré que esas historias que en vano trata la curiosidad de descubrir con su refinado escalpelo, son las bellas inclinaciones que todos guardamos como un precioso tesoro en el santuario de nuestra alma: que esas escenas íntimas de la vida privada que forman con atrevidos rasgos el bello cuadro de nuestros acalorados propósitos, es el pensamiento último que nos abandona volando al cielo, envuelto en esa misteriosa atmósfera de armonías y perfumes, cuando cerramos los párpados á la vida y suena en nuestros oídos la suave plegaria de los ministros de la Religión.

M. R. B.

DOS NIÑAS.

Anoche vi á dos niñas,
¡válgame el cielo!
mas brillantes y lindas
que dos luceros;

y suspirando,
mi corazón tras ellas
se fué volando.

Yo no sé quien al verlas
dijo - «me abrasan;»
y añadió: - por tenerlas
diera mi alma,
que estoy de ellas
mas prendado que el cielo
de sus estrellas.

Mas veo Mariquita
que tú te enojas,
¿es por que mis palabras
hoy te incomodan?...
desecha enojos,
pues las dos niñas eran
las de tus ojos.

JOSÉ C. BRUNA.

Solucion al enigma del número anterior.

Los carteros porque casi siempre están con las cartas en la mano.

REMITIDO.

Solucion al geroglífico.

De *sinco-pes* no padezco
y sin embargo me dió,
mirando las *cinco-pes*.
de su número anterior.
Publique V. si le place,
esta breve solucion,
y suprimala en el caso
de tener otra mejor.

UNA SUSCRITORA.

Editor responsable, D. Rafael Martos.

MÁLAGA.—Imp. de D. FRANCISCO GIL DE MONTES,
Calle de Cintería, núm. 3.